

Dr. Juan Marín

Vida y muerte de Paul Gauguin

(1848—1903)



AS narraciones de los viajeros y más de una lente fotográfica nos han mostrado alguna vez una tumba sombría y humilde perdida entre el follaje tropical de las Islas Marquesas, en el archipiélago Polinesio. Allí reposan los huesos de uno de aquellos hombres que, en trágica «lucha contra el demonio», según el decir de Stefan Zweig, arrastran por el mundo la tortura infernal de su genio y de su sensibilidad: Paul Gauguin.

Dotado de extraordinarias condiciones artísticas, pudo haber sido el artista a la moda del París decadente y simbolista de fines del siglo pasado, haber reunido fortuna y abierto cátedra para entrar fácil y brillantemente en el templo de los inmortales. Lejos de eso, vivió en permanente conflicto y rebeldía contra los «magister» de las Academias y contra las costumbres de su época, en la soledad olímpica pero amarga de un Nietzsche de la pintura. Había en él una extrema mezcla de razas que dieron la estructuración de base a su genial tempe-

ramento. Gran parte de su infancia transcurrió en el Perú, en cuya capital su familia estaba vinculada a los más altos círculos sociales y políticos. Enamorado del mar y de los viajes, fué primero grumete en los barcos de guerra franceses y después marinero y pilotín de los barcos mercantes que visitan las más remotas regiones del mundo; cuando todavía no era más que un adolescente ya conocía los cinco continentes y había sentido el embrujo de los países lejanos y de las razas exóticas.

En una de sus escalas en Francia, su tierra natal, contrajo matrimonio y se asentó en tierra firme, desempeñando un puesto secundario en una casa de banca. Es sólo en este período de su vida, allá por el año 1871, cuando comienza a trabajar en la pintura, siguiendo, aunque lejanamente, la línea de ese gran maestro que fué Camille Pissarro. Era el tiempo en que Cézanne, Monet, Degas, Bertin, Manet, Renoir, Coillaumint, etc., se iniciaban en los cenáculos montmartrenses. Desde el principio, su técnica y el sentido de su arte se apartaron notablemente de todo lo que hasta entonces se conocía y sus envíos a los salones de aquella época constituyeron lamentables fracasos. Apremiado por penurias económicas, emigró a la Bretaña brumosa y marítima, constituyendo en el pintoresco villorrio de Pont-Aven un núcleo artístico que algunos llamaron la «Academia de Pont-Aven» y en la cual se hizo sentir notablemente su influencia. Pero no era aquello lo que Gauguin buscaba. Su alma enamorada de los colores violentos, de las líneas libres, de las agudas vibraciones

de la luz, de la hiperestesia de los tonos, lo empujaba hacia el trópico. Y así fué como el año 1887, parte hacia la Martinica, en las Antillas, isla que había conocido en uno de sus viajes de marinero mercante. Lo acompañaba el pintor Laval, el cual menos resistente que él cayó al poco tiempo gravemente enfermo, en aquel paraje dantesco en que la fiebre amarilla, la disentería y el vómito negro hacían estragos y en que el termómetro marcaba 20° en la mañana, 40° en el mediodía y 30° en la tarde. Gauguin detuvo con sus manos el suicidio de Laval, pero él mismo se vió obligado a entrar en París a principios del año 1888 enflaquecido, amarillo y enfermo. El hogar de su viejo y leal amigo Schuffenecker le abrió una vez más los brazos, porque Gauguin no tuvo en verdad jamás hogar; su mujer y sus hijos se habían retirado a su patria danesa hacía varios años y nunca más, ni en sus conversaciones, ni en sus escritos hizo mención de ellos. Traía de las Antillas ya bien definida su orientación pictórica y su amor por las razas de color. Vale aquí hacer un pequeño paréntesis para comentar esta afición, morbosa para algunos, que persiguió al pintor durante toda su vida y que en el propio París lo hizo convivir y exhibirse públicamente con una mulata javanesa.

Tal vez desde un ángulo freudiano pudiera hallarse la explicación en un pequeño detalle que encontramos en el libro de Jean de Rotonchamp y que no habíamos hallado ni en el emocionante «Noa-Noa» del propio artista, ni en las «Cartas a Daniel de Monfreid», he-

chas publicar por éste último. Cuenta Rotonchamp, al referirse a la niñez del pintor, que su compañera de juegos en la vieja casona solariega de Lima, fué una negrita de aquellas que era costumbre criar entre las familias de pro, para ocuparlas en servicios domésticos.

Como una «fijación» de su libido infantil (pudiera explicarse esta tendencia, que aparece después «sublimada» en sus pinturas maoríes y en sus desnudos tahitianos.

Por aquel tiempo, después de una breve estancia en Bretaña, parte al Mediodía, invitado por el pintor holandés Vicente Van-Gogh, con el cual tuvo entonces un incidente dramático y misterioso que dió lugar a numerosos comentarios: Van-Gogh después de haber pretendido asesinar a su amigo con una navaja de afeitar, intenta suicidarse, cortándose totalmente una oreja; de allí pasa a un manicomio en el cual dos meses después pone fin a su vida, disparándose un balazo en el vientre.

Gauguin, contemporáneo de Verlaine, de Baudelaire, de Strindberg, amigo de Stephane Mallarmé, de Beraard, de Mirbeau, bebía ajeno como todos y arrastraba una bohemia a ratos brillante y las más de las veces sórdida, por los cafés del París del otro lado del Sena.

Decidido a romper con todo aquello y a encontrarse a sí mismo en la plena comunión con la naturaleza primitiva, decide su primer viaje a Tahití, la isla encantada que cantara Pierre Loti. Allí vive una verdadera



novela narrada por él mismo en una original autobiografía titulada «Noa-Noa» y que apareció algunos años después, profusamente ilustrada con dibujos y croquis del autor y acotaciones líricas del impecable parnasiano Charles Morice. La obra lleva por epígrafe esta sentencia de Mallarmé, que pudiera servir de epígrafe a toda la obra pictórica del artista:

«Il est extraordinaire qu'on puisse mettre tant de mystère dans tan d'éclat».

Allí construye su cabaña, aprende el idioma maorí y vive como un tahitiano, alimentándose frugalmente, pintando con ardor y compartiendo su lecho con jóvenes y hermosas «vahinés», entre las cuales las hay de sangre real algunas.

Es en esa fecha precisamente cuando muere el famoso rey Pomaré V, amigo del pintor y de cuyos funerales pomposos y magníficos ha dejado un impresionante relato entre sus escritos.

Su pintura adquiere durante esta temporada su máximo de vigor, de originalidad y de belleza; sin embargo, sus envíos a Europa son recibidos muy fríamente por la crítica y muy mezquinamente por los compradores.

Apremiado por las deudas, vuelve a París durante una corta temporada, organiza una exposición, liquida su espléndida colección de cuadros de pintores contemporáneos suyos que ya eran célebres, vende todos sus objetos exóticos y se despide de sus escasos amigos para no volver. Ya por aquel tiempo se le consideraba una especie de loco, pues, aparte de sus originalidades pic-

tóricas. vestía de una manera extravagante y llamativa. En sus solicitudes para obtener ayuda de los funcionarios del Ministerio de Colonias para su viaje o la adquisición de algunas de sus telas por las academias oficiales obtuvo siempre rotundos fracasos. Su salud, minada por los trópicos, dejaba también mucho que desear. Se ha dicho y se ha escrito que Gauguin había contraído la lepra en Papeete, hecho que no es exacto, porque la enfermedad que lo atormentó hasta el último minuto de su existencia con implacable crueldad fué una eczema ulcerada de las piernas.

En 1895, Gauguin está de nuevo instalado en Tahití, esta vez en la región de Pounoaouia, en el valle del Pounarouou, paraje precioso al borde de la selva y frente al mar. Se ha comprado un terreno mediante un préstamo de la Caja Agrícola y ha construido por su propia mano su casa y taller. Pero pronto el dinero se acaba y se encuentra carente de todo recurso: «Mi salud es cada vez más deplorable y para reparar mis fuerzas perdidas no cuento ni con un trozo de pan. Vivo con un poco de agna y algunos mangos y guayabas que se dan en este tiempo y de vez en cuando algún pescado, cuando mi «vahiné» logra obtenerlo». El 11 de febrero de 1898 el artista decide poner fin a sus días: «He querido matarme, escribe a su fiel amigo Monfreid; partí a ocultarme en la montaña, en donde mi cadáver habría sido devorado por las hormigas. No tenía revólver, pero tenía arsénico que había obtenido para mi enfermedad. No sé si la dosis ha sido dema-

siado fuerte o bien los vómitos han anulado la acción del veneno, al expulsarlo. No lo sé. Después de una noche de terribles sufrimientos he vuelto a la cabaña. Durante todo un mes, he sido atormentado por horrible presión en las sienes, aturdimientos y náuseas al comer lo más mínimo». Antes de morir había planeado la realización de una tela de un oscuro significado simbólico, en la cual estaba contenida toda su concepción del mundo al través de su experiencia y de los antiguos mitos y leyendas polinesias, en las cuales estaba profundamente versado. Su carácter se había hecho insufrible; el insomnio y los dolores habían creado en él una irritabilidad patológica que le ocasionaba conflictos por doquier. Se traba en lucha abierta con las autoridades de la isla, edita un semanario que escribe e ilustra con su propio puño íntegramente, reta a duelo al Procurador de la isla y, por último, convencido de que ya la civilización ha venido a destruir el encanto de la naturaleza virgen y de las costumbres primitivas de Tahití, parte, en una especie de huída desesperada hacia las Islas Marquesas. Después de breve permanencia en Fatou-Hiva, se instala en Hiva-Hoa (la Dominicana), islote maravilloso, poblado todavía por algunos caníbales, pero en donde el pintor a poco de llegar es declarado «tabú» por las tribus y venerado como un dios. Páginas maravillosas ha dejado en el manuscrito de su «Antes y después», respecto a las mujeres gráciles y armoniosas, bajo su cutis dorado y sus brazos y muslos delgados y flexibles. Su arte y su vida ya en

decadencia se hacen esotéricos. La casa misma que construye está llena de inscripciones, de ídolos y de leyendas. Gauguin cultiva también la escultura y la cerámica y en el zócalo de un gran ídolo búdico que decora su jardín, inscribe estos versos de Charles Maurice:

«Les Dieux sont morts et Atuana meurt de leur mort.
Le soleil, autrefois qui l'enflammait, l'endort
D'un sommeil triste, avec de brefs réveils de rêve:
L'arbre alors du regret, point dans les yeux de l'Eve
Qui, pensive, sourit en regardant son sein,
Or stérile scellé par les divins desseins».

El doctor Víctor Segalen, cirujano naval de un buque francés, que ha escrito sobre Paul Gauguin emocionadas páginas, lo ha descrito rodeado de estos pálidos indígenas marquesianos de rostros surcado de estrías azules, de cuerpos tatuados y de sacerdotes enmascarados. Gauguin, medio desnudo él mismo, envuelto únicamente en un «paréo» azul, entonaba el himno «tatou» que los comparsas coreaban ritualmente.

Por ese tiempo, el pintor envía el manuscrito de su «Racontars d'un rapin», al «Mercure de France» en donde rehusan publicarlo, estimando inadecuadas para los gustos del público europeo, algunas primitivas leyendas maoríes. Las angustias financieras estrechan su círculo en torno del artista. Inútilmente clama éste ante sus amigos de París, enviando docenas de telas

que no encuentran comprador. Habría bastado el precio que cualquiera de ellas ha tenido después de su muerte para que el artista hubiera vivido varios años libre de preocupaciones. Las deudas que lo hacían pensar en el suicidio y que al final lo llevaron ante los tribunales, no eran mayores en total de mil quinientos francos, lo cual nos parece hoy ridículo. Gauguin ha tomado la defensa de los nativos contra funcionarios coloniales subalternos inmorales y explotadores y trata también de substraerlos en lo posible de la tiranía de los sacerdotes de la misión católica. Por esto todos, excepto los indígenas, están en contra suya. Se le hace un proseso y se le ordena comparecer ante los tribunales de Papeete. La muerte lo salvó de esta última humillación: una tarde el indio que llegaba, de tarde en tarde, a la cabaña a prestarle alguna ayuda, lo encontró tendido en su lecho miserable, en ademán de querer incorporarse. La existencia del pintor maldito había terminado y comenzaba la glorificación del genio. El mismo sacerdote que fuera su peor enemigo, llegaba pocas horas después y se posesionaba de su cuerpo para hacerle funerales religiosos y sepultarlo en el cementerio católico. Los indígenas lloraban levantando los brazos al cielo: «¡Gauguin ha muerto! ¡Nuestro salvador ha muerto! ¿Quién nos defenderá ahora?».

Fué un revolucionario de la pintura, cuyo temperamento no cabía dentro de los moldes académicos. Conocedor de su propio valor y sabiendo perfectamente cuál era su meta, tuvo el heroísmo de sufrir un «cal-

vario», como él mismo lo dijo. Sus únicos instantes de paz fueron los que consagró al trabajo y ocasiones hubo en que le faltaron los materiales pictóricos más indispensables. Sacrificó su vida en la realización de su sueño y unió su suerte a la de los dioses y las costumbres de la raza «papou», cuyo fin él veía venir:

«Le Dieux sont morts et Atuana meurt de leur mort».

Sin ser escritor, dejó su poemático «Noa-Noa», (que significa «Fragante») y numerosos manuscritos en que define su estética y su concepto de la pintura. Amó lealmente aquellas tierras que le dieron hospitalidad en sus últimos años y la leyenda de los indios marquesinos venera hasta ahora la memoria del «Ko-ké» (Gauguin en tahitiano) el hombre loco que se pasaba las horas copiando los cuerpos de sus mujeres y los árboles y los mares de sus islas, en grandes telas.

El hombre que vivió y murió, a solas consigo mismo, orgulloso y enfermo, como un Dios encarnado en un Demonio.